

Hacia un análisis de la traducción fragmentada: el caso de las revistas de prensa

**M^a Rosario MARTÍN RUANO
CES Felipe II (UCM)**

Como citar este artículo:

MARTÍN RUANO, M^a Rosario(2003) «Hacia un análisis de la traducción fragmentada: el caso de las revistas de prensa», en MUÑOZ MARTÍN, Ricardo [ed.] / *AIETI. Actas del I Congreso Internacional de la Asociación Ibérica de Estudios de Traducción e Interpretación. Granada 12-14 de Febrero de 2003*. Granada: AIETI. Vol. n.º 1, pp. 141-160. ISBN 84-933360-0-9. Versión electrónica disponible en la web de la AIETI:

<http://www.aieti.eu/pubs/actas/I/AIETI_1_MRMR_Analisis.pdf>.



Hacia un análisis de la traducción fragmentada: el caso de las revistas de prensa

M^a. Rosario MARTÍN RUANO
CES Felipe II (UCM)
mrmr@usal.es

Resumen

Es preciso reconocer a los estudios descriptivos de traducción el mérito de subsanar el prescriptivismo reinante en las primeras fases de la disciplina mediante la sustitución como hipótesis de partida de las concepciones idealizadas de los científicos por una visión social que iguala la traducción, por decirlo con Toury, a lo que una sociedad dada acepta como tal, a las reconocidas como 'traducciones'. Si bien esta definición ha sido vital para el espectacular despegue de la disciplina, no puede declararse exenta de revisión y mejora. No en vano, por una parte pasa por alto que la traducción es un fenómeno, aun ubicuo, en gran medida invisible todavía en nuestros días; por otra parte olvida que la actividad traslativa no siempre produce 'traducciones', es decir, textos autónomos identificados con tal estatus, sino que tiende a hacerse pasar por discurso original o a engrosarlo. De ahí que últimamente se arguya que, si los estudios de traducción han de dar cuenta del verdadero funcionamiento de la traducción en la sociedad, no pueden partir sólo de la percepción miope de ésta al respecto, y deben aspirar también a radiografiarla cuando actúa, de incógnito, como fragmento. En nuestro artículo prestamos atención a un tipo de texto que nace precisamente a partir de la traducción de fragmentos: las revistas de prensa. Éstas juegan con la doble naturaleza y percepción de los textos traducidos: la traducción a la vez hace por ser olvidada y actúa como garantía. En efecto, la revista de prensa pone en marcha una serie de mecanismos que, a la par que explotan, minimizan el carácter traducido, manipulado, del texto resultante. Trataremos, en fin, de esclarecer de qué formas, en este caso y otros parejos, se trata de garantizar unos 'efectos de verdad' en buena medida engañosos; en qué medida la traducción (fragmentada) es un mecanismo, no ya de reproducción, sino de regulación del discurso.

Tenía razón Gadamer (1993) cuando afirmaba que la conciencia histórica es el privilegio del hombre moderno. El reconocimiento de la historicidad de todo presente nos permite caer en la cuenta de que nuestros descubrimientos vienen necesariamente determinados por lo que Foucault denominaba los 'posibles históricos', por lo conocido, por lo ya vivido y, para bien o para mal, evaluado. La conciencia histórica nos hace además aceptar que, por grande que sea el progreso, en la medida en que parte de él, depende siempre del pasado, y pronto será a su vez pasado; en otras palabras, que nuestras certidumbres son, en todo caso, provisionales y nuestro conocimiento, incluso nuestros dogmas,

siempre limitado. El ámbito de la investigación, en principio, parecería el lugar idóneo para cultivar la conciencia histórica, y sin embargo por alguna razón sigue empeñado en dar con verdades inmutables y proclive a proclamar conclusiones generales a partir de casos particulares, temporal y espacialmente determinados. Quizá porque, para resultar creíble y gozar, por tanto, de un carácter institucionalizado, el saber debe proclamarse imperecedero, las disciplinas académicas en proceso de legitimarse son más aficionadas a reinvocar y perpetuar, más que a ampliar y cuestionar, sus fundamentos: conscientes de lo que está en juego, sus hacedores a menudo parecen preferir, como Goethe, un error estable a una verdad en movimiento.

Como es de sobra reconocido¹, a los estudios descriptivos de traducción hay que concederles el mérito de legitimar, como rama del conocimiento autónoma y de pleno derecho, el estudio de la traducción y de sus implicaciones; el mérito de avalar, con un entramado conceptual renovado y una metodología sólida fundamentalmente diseñados por Toury, la institucionalización en la esfera de los saberes, siempre recelosa a la división de los existentes para la creación de otros nuevos, de una disciplina dedicada a la exploración del fenómeno traductor en toda su complejidad, como aseguraban los representantes del nuevo paradigma en su célebre declaración de intenciones (Hermans 1985). De todos modos, los nuevos saberes nunca son completamente nuevos: como ya hemos sugerido, siempre se fundamentan en el pasado, aunque sólo sea para rechazarlo. El pasado previo a los estudios de traducción había sido, durante siglos, disperso y diverso (reflexiones aisladas, de muy distinto signo, por lo general idealizadas, sobre lo que era y, más aún, sobre lo que *debía ser*, la traducción) y, a partir del siglo XX, cada vez más sistemático, pero también cada vez más prescriptivo (los trabajos de los científicos, por lo general centrados en la versión de los textos sagrados, pretendían esclarecer qué relación con respecto a un original sacrosanto debían guardar tales versiones para ser consideradas legítimamente traducciones). Los estudios descriptivos de traducción, conscientes de las limitaciones que acarrearía adoptar una definición idealizada que automáticamente desechaba del campo de estudio la mayor parte de sus manifestaciones, se propusieron partir, no de lo que la traducción debería ser, sino de lo que suele hacer, es decir, de su comportamiento en situaciones reales. La voluntad de huir del prescriptivismo motiva un desplazamiento del centro de interés desde el texto de partida hasta el polo receptor: en la nueva visión, no es el original (o el respeto de éste) el que determina lo que constituye una traducción; es la sociedad que la recibe, y que así la nombra, la que fija sus límites. Bajo este convencimiento, y al unísono, la nueva disciplina canoniza como hipótesis de partida de la investigación la definición de Toury (1980:43), según la cual «traducción» es todo aquello (y sólo aquello, cabría añadir) que la cultura receptora considera traducción.

¹ Por razones de espacio y de pertinencia, en estas páginas no nos detendremos en los fundamentos y aportaciones de los estudios descriptivos de traducción. Diversas obras ofrecen excelentes exposiciones sobre este paradigma (Gentzler 1993, Gallego 1994, Vidal 1995:57-88). La obra de Hermans (1999) sobre el programa descriptivista tiene el valor añadido de incorporar a las explicaciones agudas dosis de autocrítica.

Huelga decir que la definición de Toury ha sido reveladora e inmensamente fructífera: gracias a ella, basándose en ella, toda una serie de trabajos ha sacado a la luz numerosas de las complejidades que reviste el tráfico intercultural, a la par que ha contribuido a esclarecer el importante papel que desempeña la traducción en la construcción de las culturas y en la evolución de las sociedades. Si acaso, no obstante, cabría lamentar que la definición, en nuestra época aceptada como axioma, parezca olvidar su historicidad, los motivos precisos que determinaron su emergencia y, aun más, sus limitaciones; que la disciplina haga *tabula rasa* del pasado y, víctima de la desmemoria, se exponga a cometer los mismos errores. Y es que, si bien es cierto que la definición propuesta ha logrado contrarrestar la negación de la traducción a que abocaba el idealismo de los científicos, pudiera ser que, a su vez, esté fomentando, perpetuando, la anulación de otro tipo de comportamientos traductores. Sin ir más lejos, resulta paradójico, por no calificarlo de miope, que una disciplina que, con la expresión que propusiera Venuti (1986) y también de manera axiomática, se queja de la invisibilidad que sufren en la esfera social la traducción y los traductores, proponga como base para su estudio una definición extraída de su (infra)valoración y (falta de) percepción sociales.

De ahí que, en los últimos tiempos, desde dentro incluso de los estudios de traducción, ciertas voces críticas hayan alertado sobre la infrarrepresentación de la traducción que la propia disciplina fomenta con sus categorías y planteamientos actuales (Hermans 1996a:44). En este sentido, en clara reacción frente a la institucionalización incuestionada de la definición de Toury, ya en 1995 José Lambert animaba a desechar la idea generalizada de «que cualquier cosa que *no* sea considerada traducción en una sociedad determinada tampoco debe ser considerada traducción por el investigador» (Lambert [1995] 1999:259-260). Para este autor, en nuestro mundo, en esa aldea global que también se hace llamar sociedad de la información y de la internacionalización de los discursos, en la era de la comunicación de masas, la traducción es omnipresente, ubicua, si bien una de sus características es ser, y hacer por ser, invisible, por pasar inadvertida (Lambert 1993:19). Es más, a tenor de lo que dice Lambert, la dificultad, y a la vez el reto, de radiografiar la traducción no radica en que actúe de incógnito, sino en que su presencia es parcial y segmentada, en que tiende a entrecruzarse con otros textos. Como de hecho sugieren otros autores que más recientemente han criticado la ligazón de la definición básica de la disciplina con conceptos lineales y unitarios de texto (*cf.* Wolf 1997; Bassnett 1998:39; Hermans 1999:50; Sela-Sheffy 2000) y la oposición binaria traducción/no traducción (Robyns 1994:407), la traducción no sólo produce «traducciones», es decir, textos autónomos identificados como tal, sino que asimismo nutre lo que consideramos discurso original mezclándose con él e integrándolo. En opinión de Lambert, los estudios de traducción, si pretenden aún explicar el fenómeno traductor en toda su complejidad, no pueden olvidarse de esos casos donde la traducción pierde su identidad y su estatus, donde actúa como *fragmento*.

A la luz de estos planteamientos, las páginas que siguen pretenden ocuparse de un tipo de texto que se compone de fragmentos, y que a menudo requiere la traducción de éstos: las revistas de prensa. Con este nombre nos referimos a unos

textos que suelen aparecer en la sección de opinión de ciertos periódicos y cuya composición corresponde a la suma lineal de extractos de un texto aparecido en otro medio. A modo de ilustración, en el primer apéndice (A) consignamos un ejemplo concreto recientemente publicado en *El País* (12 de enero de 2003), así como el artículo procedente de *The New York Times* del cual deriva, en el que se han coloreado los segmentos con los que se genera el primer texto.

El análisis en que nos embarcamos en cierto modo nos recuerda la deuda de la investigación con los «posibles históricos» y la ligazón de lo que el ámbito del conocimiento considera relevante con el discurso circundante en un momento dado, en el sentido de que la revista de prensa, un tipo de texto en principio atípico, desusado, marginal incluso y, quizá por ello, ignorado por el descriptivismo, se antoja reveladora para una disciplina en origen tan preocupada y hoy en día tan recelosa de la utilidad de lo regular y lo representativo². Se trata éste, en efecto, de un caso limítrofe, fronterizo, interesante para los estudios de traducción, a nuestro modo de ver, aun cuando la traducción no sea un factor definitorio y preceptivo (numerosas revistas de prensa, de hecho, recogen textos aparecidos en otras publicaciones en la misma lengua); interesante, por otro lado, aun cuando (o quizá precisamente por ello), en los casos en los que media la actividad de la traducción, la publicación no concede más pistas sobre este hecho que lo que al lector le puedan inducir a intuir sobre la lengua en que fue originalmente escrito y la cultura de la que procede el texto el título y el lugar de publicación de la fuente.

En ningún momento, en efecto, hacen las revistas de prensa por poner de manifiesto su carácter traducido. Y, sin embargo, en el fondo lo explotan, lo utilizan. Como ocurre en el ejemplo anteriormente mencionado, un texto que delibera sobre la posible reacción de los Estados Unidos a la actitud iraquí, la revista de prensa a menudo convoca opiniones foráneas sobre temas que también afectan y preocupan a la cultura que las propicia. En cualquier caso, la selección no es nunca gratuita. De hecho, si puede evitarlo, nadie da voz a quien con sus opiniones puede restar adeptos y credibilidad a las propias. Y, cuando se trata de ganar adeptos para cierta visión del mundo o una ideología determinada, resulta más efectivo reclutar voces para el propio bando que rebatir o tratar de acallar las antagónicas. Decía Foucault que el *poder* no sólo se sostiene porque reprima los discursos disidentes, sino precisamente porque promociona discursos afines e induce a su creación, porque los alienta. En este sentido, el fenómeno de la traducción es fascinante por cuanto a menudo busca a un extraño, y un guión preescrito, para que propague su causa. La traducción es una especie de máscara que permite a quien la encomienda ejercer de ventrílocuo, poner otra voz a sus pensamientos o quizá simplemente escucharse hablar:

² Si bien las nociones de regularidad y representatividad (por ejemplo, aplicadas a la creación de *corpora*) han sido otra de las bases metodológicas más reinocadas por los estudios descriptivos de traducción (Cf. Van Doorslaer 1995; Baker 1995; Zanettin 2000), en los últimos tiempos se viene planteando hasta qué punto este énfasis en la sistematicidad no estará obrando la exclusión de los casos y modelos periféricos, pero no por ello menos iluminadores y relevantes. Ciertas críticas y advertencias en este sentido pueden encontrarse en los recientes trabajos de Stewart (2000), Gentzler (2001), Susam-Sarajeva (2002) o Brotherson (2002).

Lawrence Venuti (1992:5) y Suzanne Jill Levine (2001:18), entre otros, hablan de la traducción como una experiencia narcisista.

Es más, en la traducción (incluida la que entrañan las revistas de prensa), la cultura no sólo busca hablar por boca del Otro, sino que sabe que, de esta manera, quizá pueda decir cosas de otro modo inefables y permitirse más licencias. Como de manera paradigmática muestran esos casos que Toury denomina *pseudotraducciones*, textos originales que se hacen pasar por versiones de otros, las traducciones en ocasiones gozan de un mayor margen de actuación frente a las instituciones. Sin ir más lejos, los regímenes censores tienden a ser más benévolo con éstas que con los originales (Pegenaute 1999; Pérez López de Heredia, 2001). A la luz de lo expuesto, la traducción se revela como una argucia por la que los miembros de una cultura pueden transgredir de manera diplomática los límites de lo que puede decirse. No es de extrañar, en este sentido, que, contrariando lo que sostiene Hernández (1997:322), las revistas de prensa a menudo reproduzcan las opiniones de otras culturas ajenas sobre la propia, la que supuestamente es la «mirada del Otro» sobre lo autóctono. Así lo ilustra el ejemplo que se incluye en el segundo apéndice. Se trata de una revista de prensa extraída de *El País* (6 de agosto de 2001) en el que el texto fuente, publicado por *The Economist*, comentaba en clave crítica, y en términos tan expresivos como expresos, las difíciles relaciones entre el gobierno central y el gobierno autonómico vasco.

En este caso y otros parejos, la traducción juega con la aparente exterioridad del discurso y saca partido de la asociación tácita de esta exterioridad con la objetividad. En efecto, aprovecha la diferente percepción que la sociedad receptora tiene de los textos que presupone ajenos a su cultura, y que incuestionada y automáticamente identifica con la figura del observador independiente, desvinculado, imparcial. Si, como argumenta Hermans (1996b:7-8), todas las traducciones descansan sobre la fantástica ilusión de la identidad con el original, en ejemplos como el que nos ocupa las expectativas que alberga el lector alimentan un espejismo doble, pues no sólo confían en la «fidelidad» del texto que tiene ante sí con el original, sino que, dada la extraterritorialidad del autor del texto y la presunta ausencia de intereses que puedan contaminar su perspectiva, presuponen asimismo la «fidelidad» del texto para con la realidad, con un punto de vista neutral. Cabe argüir que la existencia de tal punto de vista es, en un marco post-estructuralista, en todo punto discutible; cabe asimismo pensar que en el caso concreto que nos ocupa bien pudiera ser que la exterioridad que se atribuye al autor no pasara de ser sino una sospecha tan efectiva como irreal (aunque radicado en Londres y publicado en lengua inglesa, *The Economist* cuenta con una red internacional de colaboradores, ciertamente anónimos, lo que permite conjeturar que el texto sobre España fue escrito por un español); cabe, por último, sostener que la sólida documentación y argumentación del artículo exigen pensar en un autor, si no autóctono, profundamente familiarizado con el conflicto en cuestión y, por tanto, difícilmente desprovisto de opinión al respecto. En cualquier caso, con independencia del grado de «neutralidad» que concedamos al original, resulta vital darse cuenta, como nos recuerda Tymoczko en un capítulo titulado *The Metonymics of Translation*

(1999:41-61), de que, lejos de neutral, toda traducción es necesariamente *parcial* desde el momento en que la *elección* de un texto entraña una *selección*, un rechazo de otros posibles; de que, como sugiere Godayol (2000:160), traducir es elegir, y elegir es a su vez reprimir otras opciones *en nombre de algo*. La traducción, efectivamente, siempre tiene un *nombre*, una adscripción. La estratagema radica en que quien la inicia se sirve de la fuerza con que en nuestra cultura occidental irradia el nombre del original, el imán de la figura del autor, para eclipsar su propio nombre y sus motivos.

Y la estratagema, en efecto, resulta: como de ello dan prueba las revistas de prensa, por lo general se olvida que, en lugar de neutras o ajenas, las opiniones que en ellas se expresan son partisanas y en buena medida también propias, en tanto no sólo son del autor, sino también del mediador que las elige, que las *suscribe*. Y que, por otra parte, las *reescribe*. De hecho, las revistas de prensa claramente constituyen una modalidad, ciertamente ignorada por los estudios de traducción hasta la fecha, de ésas que Lefevere (1985; 1992) denominaba genéricamente *reescrituras*, a saber, textos de muy diverso género (adaptación, crítica, resumen, paráfrasis, glosa, cometario crítico, antología, historiografía, etc.), importantísimos por cuanto de ellos depende en buena medida la difusión del capital cultural en nuestros días, que de determinada forma representan y reformulan los textos considerados originales (e incluso otras reescrituras), proyectando una imagen refractaria, siempre alterada, de éstos, adecuada a las expectativas del nuevo público y del nuevo contexto, y/o al servicio de determinado propósito o ideología.

Lefevere nos advertía de que *rewriting manipulates, and it is effective* (1992:9). Además de efectiva, cabe añadir que esa manipulación suele ser tan sutil que por lo general pasa inadvertida. En realidad, hace por pasar de tal guisa. En este sentido, las convenciones que rigen la elaboración y presentación de las revistas de prensa están claramente enfocadas a disipar cualquier sospecha que pueda asaltar al receptor acerca de la integridad del texto y, por ende, de ese traductor/reescritor en cuyas manos tan forzosa como confiadamente se halla. Hermans (1996b), a este respecto, comenta que la lectura de reescrituras y traducciones parte de una fe, ciega hasta el punto de no reconocer una presencia tan necesaria, del que en ellas se interna en el intérprete; en realidad, de la paradójica confianza en la ausencia absoluta de éste, en su no intervención, en su capacidad de evadirse y trasladar el texto con total transparencia. Para Hermans, esta expectativa explica que los traductores por lo general hayan adoptado poéticas asociadas a la invisibilidad, y de hecho éstas son las que en numerosos medios siguen las revistas de prensa, en las que la actuación del mediador queda oculta, quizá con el ánimo de que permanezcan asimismo ocultos los riesgos implícitos y potenciales en toda mediación.

Con todo, si la invisibilidad es ciertamente la norma en el caso de las revistas de prensa, en ciertas publicaciones se opta por la poética inversa. En *El País*, el responsable de esta sección no se esfuma, sino que, a lo largo del texto, reiterativamente hace notar su presencia. El texto extractado, efectivamente, está plagado de corchetes ([...]) que nos recuerdan la existencia de otra voz distinta de la del autor que la modifica, cabría argüir, por cuanto la cercena. Sin embar-

go, curiosamente, si bien los signos que incluye el mediador para señalar las omisiones permiten al lector reflexionar sobre lo ilusorio de negar que accede a un texto modificado, que sólo puede leerlo a través de los ojos de quien se lo presenta, en absoluto resquebrajan su confianza, sino que más bien la consolidan, la refuerzan. Y es que el lector, a la vez que constata, quizá sorprendido, la presencia del reescritor cuando aparecen los corchetes, enseguida se reafirma en su tranquilidad, por cuanto razona que no es sino una prueba de lealtad más que éste marque su intervención en el texto (a todas luces debida a razones de espacio), su inevitable injerencia. En cierto modo, los corchetes revalidan la fe del que lee en la neutralidad de quien se lo permite, construyen ese halo de confianza que, según Chesterman (1997:181), la traducción tiene que tratar de crear y mantener, pues en último extremo llevan al lector a presuponer que el traductor es en todo momento sincero en cuanto a sus (obligadas) licencias, que sólo cuando es necesario y en los momentos en que informa al lector de ello conculca el principio de no injerencia y se deja oír. Estas excepciones confirman a ojos del lector una norma: que el traductor, salvo cuando introduce una indicación expresa en contrario, es un mero reproductor mecánico del otro texto y un transmisor neutral. Y eclipsan la que, según ciertos autores, es la verdadera norma: que no sólo cuando lo marca, sino en todo momento, el traductor no puede evitar intervenir (Hermans 1996b:8); que, lejos de ser neutral, siempre *se posiciona*, pues, desde una perspectiva postestructuralista, como afirma Pym (1992:62), incluso la neutralidad es una *posición* que debe crearse. Desde esta óptica, los corchetes se revelan, no como una garantía de neutralidad, sino como una estrategia que facilita al lector presuponerla.

De hecho, son múltiples las ocasiones en que, en las revistas de prensa, el traductor omite texto o lo transforma sin dejar de ello constancia. A menudo se trata de pequeñas variaciones que obran la actualización del original (sin ir más lejos, la revisión de las referencias temporales conforme al momento de publicación del nuevo texto; así, la traducción de *yesterday* como «el jueves» en «El informe de Irak» o de *this week* por «la semana pasada» en «Medio paso adelante») o de omisiones de datos menores, de información redundante (así, *Less than three weeks remain until Jan. 27* queda reducido a «Quedan menos de tres semanas»). El efecto de «fidelidad» y «neutralidad» que consiguen los indicadores de ciertas omisiones no está reñido, pues, con estrategias de traducción que Lefevere consideraría menos propias de un traductor «fiel» que del que llama «inspirado», un traductor que, en sus palabras, no es conservador en términos ni poéticos ni ideológicos, sino subversivo en la medida en que, al permitirse actualizar el original, de manera implícita cuestiona su prestigio (Lefevere 1992:50-51). De hecho, cabe argüir que los juicios sobre qué constituye información redundante no están exentos de implicaciones ideológicas. En «Medio paso adelante» (véase apéndice B), por ejemplo, se simplifican los títulos de tratamiento de ciertas personas o grupos pertenecientes a la propia cultura receptora. De esta manera, «*the prime minister, Jose Maria [sic] Aznar, and his People's Party (PP) had treated the Basque Nationalist Party (PNV) and the Basque government that it ran almost as pariahs, damning them as too soft on, if not actually in league with, the Basque-separatist terrorist of ETA*» queda convertido en «Aznar

y su partido, el PP, han tratado al PNV y al Gobierno vasco casi como parias, condenándolos por ser demasiado blandos con, si no como aliados de, los terroristas». Ciertamente, si bien es cierto que todos los grupos y personas aludidos resultan familiares al nuevo lector, también lo es que no todos los calificativos empleados para designarlos gozan del mismo consenso y grado de aceptación. En otras palabras, si en algunos casos las omisiones obvian información *redundante*, bien pudiera ser que, en otras, excluyan información que en el nuevo contexto se adivina *conflictiva*. Toda supresión es ideológica, ya en sus propósitos, ya en sus resultados. Con la eliminación de un epíteto controvertido, el traductor asimismo zanja el debate sobre las categorías admitidas o admisibles en su cultura: unas categorías, como nos recuerda Potter (1998), que nunca son meramente descriptivas, sino en el fondo evaluativas; unas categorías que prestan o restan legitimidad a sus portadores ante la comunidad en la que (no) se integran. En este caso negociando las categorías y por ende el reconocimiento de sus componentes, como adelantaran Bassnett y Lefevere (1998), la traducción revela su participación en la construcción de las sociedades.

Si bien, como decíamos, toda supresión es ideológica, lo sorprendente de las revistas de prensa es hasta qué punto el lector olvida que la elisión es su procedimiento básico, y de qué manera, en último extremo, renuncia a hacerse cargo de las implicaciones que toda omisión acarrea. Desde luego, la *coherencia* que caracteriza a las revistas de prensa en parte explica que el lector pase por alto el hecho de que lo que se le da a leer es tanto o menos de lo que se le acalla. En efecto, si bien cabe calificar las revistas de prensa de fragmentarias en tanto están compuestas de fragmentos, en absoluto se trata de textos inconexos o deslavazados. Todo lo contrario: se cuida que los segmentos seleccionados guarden una relación argumental y formen un todo congruente y trabado; en definitiva, que el resultado tenga solvencia por sí mismo y, lejos de revelarse dependiente o derivado de su original, actúe como un texto autónomo y soberano. En este sentido, y confirmando una vez más que la literalidad que, sin ir más lejos, induce a presuponer el uso de los corchetes es sólo relativa o, si se quiere, un efecto que percibe el receptor confortado en la lectura de una versión deliberadamente natural y fluida, la revista de prensa recurre en la elaboración del texto resultante a una serie de estrategias destinadas a acrecentar su cohesión y su coherencia.

En general, la elaboración de este tipo de texto, por norma tácita, respeta la estructura oracional del texto original, en función de la cual suelen determinarse las selecciones y omisiones, que teóricamente deben proceder por unidades de sentido correspondientes a oraciones completas o a proposiciones. Sin embargo, esta norma se conculca en aras de la cohesión del texto final, como sucede en la primera oración de «El informe de Irak» (véase apéndice A), donde se subordina lo que en el texto original son dos oraciones contiguas: así, «*International arms inspectors told the Security Council yesterday that they had not yet found any "smoking gun" proving Saddam Hussein's continued manufacture of unconventional weapons. That increases pressure on the Bush administration...*» queda convertido en «Los inspectores internacionales de armamento le dijeron el jueves al Consejo de seguridad que todavía no habían encontrado ninguna

prueba definitiva de que Sadam Husein siguiera construyendo armas no convencionales, lo que incrementa la presión sobre la Administración de Bush...». Con todo, la prioridad de la cohesión no se detiene en la mera reordenación de los elementos existentes, sino que a menudo entraña una cierta adición de información, como la compensación semántica de ciertas referencias anafóricas cuyos antecedentes se han omitido, lo que, una vez más, pone en entredicho el papel del productor de la revista de prensa como mero transcriptor, cuando no la posibilidad de cualquier elección léxica de ser neutral. En este sentido, en «La elección está clara» (véase apéndice C), tras la supresión de una serie de párrafos en los que se valora la actuación del laborismo británico, el texto original concluye: «*This is not a bad picture*». El autor de la revista de prensa castellana, que ha omitido toda la evaluación, percibe que el empleo de un pronombre con claro valor anafórico induciría a equívoco, puesto que el lector sólo podría relacionarlo, erróneamente, con los elementos del último fragmento seleccionado. Por esta razón, rellena ese referente anafórico de contenido, sustituyéndolo por unos vocablos que en cierto modo resumen el segmento suprimido. Ahora bien, toda elección remite a una cierta visión y valoración de las cosas. Curiosamente, las palabras elegidas para suplir el fragmento donde se juzga (y no siempre positivamente) la actuación del gobierno de Blair hace hincapié en sus méritos y eclipsa sus fracasos: «El cuadro de logros del laborismo no es malo», resuelve la versión española. La doble exigencia de la coherencia y cohesión, como vemos en este ejemplo, a menudo trae aparejada implicaciones ideológicas.

A su vez, esta exigencia en ciertos casos prima sobre otras, hasta el punto de justificar en ocasiones su conculcación. En «El informe de Irak», la legibilidad del texto se superpone a esa obligación tácita a la que ya hemos hecho referencia de informar al lector puntualmente de todas las omisiones. Así, el fragmento que reza «La declaración de 12.000 folios que remitió Irak el mes pasado no servía para tanto, y las omisiones detectadas siguen sin recibir respuesta satisfactoria, tratando de dar por bueno que la información y los materiales sencillamente habían desaparecido» hace gala de una notable trabazón. Ahora bien, en realidad, el fragmento corresponde a dos oraciones distintas, separadas en el original por un segmento considerable de texto, que se unen sin que aparezca constancia de ello e introduciendo sustanciosas modificaciones en términos de lo que Calzada (2001) denomina transitividad, pues no en vano la traducción difumina (o «desmaterializa») el énfasis del original en la responsabilidad de Irak en la cuestión tratada, eclipsando sintácticamente su agencia. La fluidez del texto que tiene el lector ante sus ojos, en efecto, oculta toda una serie de discontinuidades y cambios. Ciertamente, desde el punto de vista meramente técnico que ofrecen los procedimientos de traducción, dichos cambios son corrientes. Desde el punto de vista de sus implicaciones, son muy significativos, tanto en sí mismos como por cuanto muestran que la revista de prensa, como no podía ser de otra manera dado su carácter de reescritura, en lugar de transcribir el texto original, a la fuerza lo transforma y lo ajusta, no sólo en términos formales, sino también (o a la par) en el nivel de la ideología. Así lo corroboran las modificaciones introducidas en la conclusión de «Medio paso adelante» (véase Apéndice B), donde vuelven a yuxtaponerse dos oraciones, desde luego favo-

reciendo la legibilidad del fragmento. En relación con la entrevista entre los responsables del gobierno central y vasco, sugiere el autor: «*Yet it may lead to more. That certainly should include active co-operation from the Basque government against ETA*». La traducción castellana no sólo enlaza las dos frases; simultáneamente, transforma el carácter de obligación que imprime el autor original con la utilización del modal *should* en una mera posibilidad o sugerencia: «Pero puede llevar a más cosas, entre las que estaría la cooperación activa del Gobierno vasco contra ETA». Estos ejemplos, en fin, ponen de manifiesto que, inconsciente o deliberadamente, la traducción de cualquier texto introduce una serie de modificaciones sobre él de las que rara vez es consciente el lector, que sólo dispone de la versión que representa al original o, como sugiere Hermans (1996b), que en su mente lo suplanta.

De hecho, el poder de las reescrituras radica en que usurpan el lugar y el prestigio del original, actúan por él y lo personifican, aun cuando no sean sino una imagen o, en nuestro caso, una parte suya. De forma paralela, la fuerza de las revistas de prensa estriba en que se reciben como el original, aun cuando modifican lo que de él seleccionan y, de raíz, lo mutilan. Las revistas de prensa, en efecto, logran erigirse en representantes de otro texto en unas culturas acostumbradas a pensar que el sentido reside en lo que se dice, y en absoluto habituadas a escuchar el significado de los silencios, a sospechar de lo que se oculta. Los lectores ingenuamente olvidamos que ninguna información es gratuita, que todo lo que se selecciona para difundirse es motivado o, con otras palabras, que sólo se transmite lo que interesa. En este sentido, las revistas de prensa no reproducen las opiniones ajenas; proyectan como tales una pequeña parte y una particular visión de ellas. Así, mientras «*The choice is clear*» representa una lectura muy crítica del laborismo (en el que *The Economist* deposita su voto sólo con muchas reservas, una vez sopesada la falta de credibilidad de un partido conservador del que, en el fondo, se muestra más partidario), «La elección está clara» se lee como un ataque al partido conservador y una apuesta decidida por Blair y su equipo (véase Apéndice C). En la misma línea, mientras «*The Irak dossier*» desaconseja la guerra en vista de las nefastas consecuencias que trae aparejadas («*The political, economic and military implications of combat – not to mention the potential loss of American and Iraqi lives demand every effort by the United States to resolve this confrontation short of war*»), «El informe de Irak» borra por completo las razones argüidas, y pone en boca de *The New York Times* la categórica afirmación de que «EEUU debe hacer todos los esfuerzos que pueda para resolver este conflicto sin llegar a la guerra», presentando así ante los ojos del nuevo lector como un convencimiento moral lo que en el original no era sino una decisión táctica (véase apéndice A). Si, como decía Irigaray, hablar no es nunca neutro, parece claro que reescribir tampoco lo es. Las revistas de prensa confirman aquello de lo que nos advertía Lefevere, a saber, que las reescrituras no son nunca inocentes ni gratuitas, en tanto siempre se realizan al servicio de determinado discurso o constreñido por él.

De hecho, a la luz de lo expuesto, las revistas de prensa se revelan como un mecanismo más por el que, como afirmaba Foucault ([1973] 1999), el discurso trata de perpetuar su orden, de *seguir diciéndose*. En apariencia, introducen otras

voces, dan cauce a la polifonía, la heteroglosia y la diversidad. En realidad, es la misma voz la que en ellas habla o la que autoriza a hablar. Supuestamente, *traducen* el mundo con otros ojos, los que nos presta otra cultura que examina lo que ocurre a su alrededor o nuestra propia realidad. En el fondo, *traducen* sólo lo que seleccionan, las imágenes afines a sus creencias, motivos o intereses. En definitiva, la traducción fragmentada, simulando reflejar al Otro, en último extremo refleja nuestra propia mirada. Una mirada sobre ese Otro que a su vez mira o que nos mira. Una mirada que, consciente de que a su vez va a ser mirada, cuida con celo lo que sus ojos dejan transparentar.

Referencias

- BAKER, Mona. 1995. Corpora in Translation Studies: An Overview and Some Suggestions for Future Research. *Target*, 7: 2, pp. 223-242.
- BASSNETT, Susan. 1998. When Is a Translation Not a Translation? Susan BASSNETT y André LEFEVERE, eds. *Constructing Cultures*. Clevedon: Multilingual Matters, pp. 25-40
- BROTHERSON, Gordon. 2002. Tlaloc Roars. Native America, the West and Literary Translation. In Theo HERMANS, ed. *Crosscultural Transgressions. Research Models in Translation Studies II. Historical and Ideological Issues*. Manchester: St Jerome, pp. 165-179.
- CALZADA, María. 2001. A Three-level Methodology for Descriptive-explanatory Translation Studies. *Target*, 13: 2, pp. 203-239.
- CHESTERMAN, Andrew. 1997. *Memes of translation. The Spread of Ideas in Translation Theory*. Amsterdam: John Benjamins.
- DOORSLAER, Luc van. 1995. The Establishment of Translation Corpora. *Target*, 7: 2, pp. 245-260.
- FOUCAULT, Michel. [1973] 1999. *El orden del discurso*. Trad. de Alberto GONZÁLEZ TROYANO. Barcelona: Tusquets.
- GADAMER, Hans-Georg. 1993. *El problema de la conciencia histórica*. Trad. de Agustín DOMINGO MORATALLA. Madrid: Tecnos.
- GALLEGO ROCA, Miguel. 1994. *Traducción y literatura: los estudios literarios ante las obras traducidas*. Madrid: Júcar.
- GENTZLER, Edwin. 1993. *Contemporary Translation Theories*. Londres: Routledge.
- . 2001. Expanding Horizons or Limiting Growth? *Target*, 13:1, pp. 160-4.
- GODAYOL, Pilar. 2000. *Espais de frontera. Gènere i traducció*. Vic: Eumo Editorial.
- HERNÁNDEZ GUERRERO, María José. 1997. La traducción en la prensa: los artículos de opinión. En Esther MORILLAS y Juan Pablo ARIAS, eds. *El papel del traductor*. Salamanca: Colegio de España, pp. 319-339.
- HERMANS, Theo. 1985. Introduction. Translation Studies and a New Paradigm. In HERMANS, ed., pp. 7-15.
- , ed. 1985. *The Manipulation of Literature. Studies in Literary Translation*. Londres: Crook Helm.
- . 1996a. Norms and the Determination of Translation: A Theoretical Framework. In Román ÁLVAREZ y África VIDAL, eds. *Translation, Power, Subversion*. Clevedon: Multilingual Matters, pp. 25-51.
- . 1996b. *Translation's Other (Inaugural Lecture)*. Londres: University College London.
- . 1999. *Translation in Systems. Descriptive and System-oriented Approaches Explained*. Manchester: St. Jerome.

- LAMBERT, José. 1993. History, Historiography and the Discipline. A Programme. In Yves GAMBIER & J. TOMMOLA, dirs. *Translation and Knowledge*. Turku: Grafia Oy, pp. 3-26.
- . (1995) 1999. Literatura, traducción y (des)colonización. Trad. de Montserrat IGLESIAS SANTOS. En Montserrat IGLESIAS SANTOS, ed. *Teoría de los Polisistemas*. Madrid: Arco, pp. 257-280.
- LEFEVERE, André. 1985. Why Waste Our Time on Rewrites? The Trouble with Interpretation and the Role of Rewriting in an Alternative Paradigm. In HERMANS, ed., pp. 215-243
- . 1992. *Translation, Rewriting and the Manipulation of Literary Fame*. Londres: Routledge.
- LEVINE, Suzanne Jill. 2001. 'Lo que se pierde': The Nostalgic Translator. En Eterio PAJARES *et al.*, eds. *Trasvases culturales: literatura, cine, traducción*. 3. Vitoria: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, pp. 15-22.
- PEGENAUTE RODRÍGUEZ, Luis. 1999. Censoring Translation and Translation as Censorship: Spain under Franco. In Jeroen VANDAELE, ed. *Translation and the (Re)Location of Meaning. Selected Papers of the CETRA Research Seminars in Translation Studies 1994-1996*. Lovaina: Universidad Católica de Lovaina, pp. 83-96.
- PÉREZ LÓPEZ DE HEREDIA, María. 2001. El traductor como (auto) censor: la traducción dramática en la España franquista. En Federico EGUÍLUZ *et al.*, eds. *Trasvases Culturales: Literatura, Cine, Traducción*. 3. Vitoria: Universidad del País Vasco, pp. 311-320.
- POTTER, Jonathan. 1998. *La representación de la realidad. Discurso, retórica y construcción social*. Trad. de Genís SÁNCHEZ BARBERÁN. Barcelona: Paidós.
- PYM, Anthony. 1992. *Translation and Text Transfer. An Essay on the Principles of Intercultural Communication*. Frankfurt: Peter Lang.
- ROBYNS, Clem. 1994. Translation and Discursive Identity. *Poetics Today*, 15: 3, pp. 404-428.
- SELA-SHEFFY, Rakefet. 2000. The Suspended Potential of Culture Research in TS. *Target*, 12: 2, pp. 345-355.
- STEWART, Dominic. 2002. Conventionality, Creativity and Translated Text: The Implications of Electronic Corpora in Translation. In Maeve OLOHAN, ed. *Intercultural Faultlines. Research Models in Translation Studies I. Textual and Cognitive Aspects*. Manchester: St Jerome, pp. 73-91
- SUSAM-SARAJEVA, Šebnem. 2002. A 'Multilingual' and 'International' Translation Studies? In Theo HERMANS, ed. *Crosscultural Transgressions. Research Models in Translation Studies II. Historical and Ideological Issues*. Manchester: St Jerome, pp. 193-207.
- TOURY, Gideon. 1980. *In Search of a Theory of Translation*. The Porter Institute for Poetics and Semiotics: Tel Aviv University.
- TYMOCZKO, Maria. 1999. *Translation in a Postcolonial Context*. Manchester: St. Jerome.
- VENUTI, Lawrence. 1986. The Translator's Invisibility. *Criticism: A Quarterly for Literature and the Arts*, 28: 2, pp. 179-212
- . 1992. Introduction. Lawrence VENUTI, ed. *Rethinking Translation. Discourse, Subjectivity, Ideology*. Londres: Routledge, pp. 1-17
- VIDAL CLARAMONTE, África. 1995. *Traducción, manipulación, desconstrucción*. Salamanca: Colegio de España.
- WOLF, Michaela. 1997. Translation as a Process of Power: Aspects of Cultural Anthropology in Translation. In Mary SNELL-HORNBY *et al.*, eds. *Translation as Intercultural Communication*. Amsterdam: John Benjamins, pp. 123-133.
- ZANETTIN, Federico. 2002. Parallel Corpora in Translation Studies: Issues in Corpus Design and Analysis. In Maeve OLOHAN, ed. *Intercultural Faultlines. Research Models in Translation Studies I. Textual and Cognitive Aspects*. Manchester: St Jerome, pp. 105-118.

Apéndice A

Fuente: *El País*, 12 enero de 2003

REVISTA DE PRENSA

THE NEW YORK TIMES

El informe de Irak

Los inspectores internacionales de armamento le dijeron el jueves al Consejo de seguridad que todavía no habían encontrado ninguna prueba definitiva de que Sadam Husein siguiera construyendo armas no convencionales, lo que incrementa la presión sobre la Administración de Bush para dar a conocer más de lo que sabe sobre la situación en que están los programas de armas biológicas, químicas, nucleares y de misiles de Irak. Quedan menos de tres semanas para que los inspectores presenten otro informe mucho más exhaustivo. Si Washington quiere persuadir al mundo y a los estadounidenses de que Bagdad ha perdido el derecho a tener una oportunidad para alcanzar una solución pacífica, necesitará pruebas convincentes que apoyen su forma de plantear las cosas [...] Las sucesivas resoluciones de la ONU han puesto el peso de la prueba en Irak, [...] y es Irak quien debe demostrar que han finalizado todos sus programas de armas no convencionales y que han destruido, pudiendo verificarse este extremo, las reservas conocidas o no conocidas de armas biológicas o químicas. La declaración de 12.000 folios que remitió Irak el mes pasado no servía para tanto, y las omisiones detectadas siguen sin recibir respuesta satisfactoria, tratando de dar por bueno que la información y los materiales sencillamente habían desaparecido. [...] Pese a las maniobras iraquíes, EE UU no puede decir que Bagdad viola los requerimientos de la ONU y a continuación entrar en guerra. [...] EE UU debe hacer todos los esfuerzos que pueda para resolver este conflicto sin llegar a la guerra. [...] Nueva York, 10 de enero

Fuente: *The New York Times*, 10 de enero de 2003.

The Iraq Dossier

International arms inspectors told the Security Council yesterday that they had not yet found any "smoking gun" proving Saddam Hussein's continued manufacture of unconventional weapons. That increases pressure on the Bush administration to share more of what it knows about the state of Iraq's biological, chemical, nuclear and missile programs. Less than three weeks remain until Jan. 27, when the inspectors are to provide a more comprehensive report. If Washington hopes to persuade the world and the American people that Baghdad has forfeited its chance for a peaceful solution, it will need compelling evidence to support its case.

It is probably unrealistic to expect revealing photographs of weapons production lines. In an era of satellite surveillance, countries with something to hide long ago learned how to conceal their secrets from aerial cameras. Using other forms of intelligence, however, the United States claims to have assembled a persuasive case. Also in recent days, America has been pro-

viding more intelligence help to the weapons inspectors, a process that should accelerate now that the U.N. has the resources on the ground to put those tips to immediate use before Baghdad can spirit away incriminating evidence.

Successive UN resolutions place the burden of proof on Iraq, not Washington or the arms inspectors, to demonstrate that all unconventional weapons programs have been terminated and that known or unaccounted-for stocks of biological and chemical warfare ingredients have been verifiably destroyed. The 12,000-page declaration Iraq submitted last month conspicuously failed this test. It offered no adequate explanation of what happened to more than 500 artillery shells containing nerve gas and 400 bombs suitable for delivering germs and toxins. It didn't credibly account for more than two tons of material used to produce biological weapons. It failed to mention new efforts to acquire uranium and raised more questions than it answered about preparatory work on unmanned drones and longer-range missiles. Since handing over that report, Iraq has not provided satisfactory answers for these omissions, implausibly contending that relevant records and materials are simply missing.

These evasions have not satisfied Hans Blix, the U.N.'s chief weapons inspector, who has complained that while Iraq has not directly interfered with his inspectors, it has failed to provide the active cooperation required to complete their mission. In a country as large and tightly controlled as Iraq, the inspectors will never be able to assure themselves without active help from the government that deadly illegal weapons ingredients aren't hidden somewhere.

Yet for all the Iraqi manoeuvring, America cannot simply declare Baghdad to be in violation of U.N. requirements and then go immediately to war. The political, economic and military implications of combat — not to mention the potential loss of American and Iraqi lives — demand every effort by the United States to resolve this confrontation short of war. That may involve extending the period for inspections, and certainly requires Washington to return to the Security Council for further deliberation before turning to the use of force. The presence of tens of thousands of American troops in the region and the return of uncomfortably hot weather in the spring are not reasons to start fighting before every diplomatic option has been exhausted.

There can be no wavering from the goal of disarming Iraq, but all chances of doing so peacefully should be explored before the world is asked to decide on war. Before that point is reached, Washington should share its evidence with the public.

Apéndice B

Fuente: *El País*, 6 de agosto de 2001

REVISTA DE PRENSA

THE ECONOMIST

Medio paso adelante

El presidente del Gobierno español se entrevistó la semana pasada con el presidente de uno de los más importantes gobiernos regionales. ¿Qué tiene eso de novedoso? La respuesta es que ésa es la novedad. Desde principios del año pasado [...], Aznar y su partido, el PP, han tratado al PNV y al Gobierno vasco casi como parias, condenándolos por ser demasiado blandos con, si no como aliados de, los terroristas [...].

Aznar, sin embargo, merece cierta comprensión. Él, como casi todos los españoles, acepta plenamente la Constitución. El PNV, no. Se opone a los pistoleros de ETA, pero comparte su objetivo a largo plazo, la independencia. De ahí el desacuerdo en el encuentro [...]. Según el acuerdo especial al que se llegó cuando las regiones españolas obtuvieron su autonomía, el País Vasco tiene derecho a poderes más amplios que otras. Controla la mayor parte de los impuestos [...], pero desea, por ejemplo, gestionar también la Seguridad Social. El centro objeta que esto produciría desigualdad entre los españoles. Pero su objeción más profunda es que los nacionalistas vascos no considerarían cada transferencia de funciones más que como otro paso hacia la secesión definitiva.

La entrevista fue valiosa [...], pero difícilmente puede decirse que lo fueran sus resultados. Pero puede llevar a más cosas, entre las que estaría la cooperación activa del Gobierno vasco contra ETA. ¿Y por parte de Aznar? Las exigencias a corto plazo del PNV y su sueño a largo plazo no van a desaparecer porque a él y a la mayoría de los españoles no les guste

Fuente: *The Economist*, 4 de agosto de 2001

Spain and the Basques

Half a step forward

The national and regional leaders have met, in discord but in mutual respect

The prime minister of Spain met the head of one of its most important regional governments this week. So what's new? The answer is, this was. Since early last year, the prime minister, Jose Maria Aznar, and his People's Party (PP) had treated the Basque Nationalist Party (PNV) and the Basque government that it ran almost as pariahs, damning them as too soft on, if not actually in league with, the Basque-separatist terrorists of ETA. Though widely shared in Spain, that view was not fair to the PNV, and even less so to the regional premier, Juan Jose Ibarretxe.

In a regional election in May, the Basques gave the centre a sharp rebuke. They slashed support for ETA's real political friends from 18% (in

1998, after the gunmen had called a cease-fire) to 10% (now that, since early 2000, they were back killing again). But disgust at murder did not drive the voters to the PP; they gave the PNV, with a minor ally, 43%, up from 37% in 1998. Wisely, Mr Aznar has drawn the political lesson. He remains convinced, rightly, that the fight against ETA must be the first priority in the region; he is as hostile as ever to the separatism espoused by the PNV. But, with whatever doubts, he is now ready to treat Mr Ibarretxe, strengthened by the vote, as what he is, the region's elected premier and a potentially valuable ally, not a covert enemy, in the fight against ETA.

That is how things should be in a democracy between the centre and any lower-tier government of a different political colour. They do not have to love each other, but they do owe it to the voters, and to the constitution, to live in mutual respect.

Mr Aznar does, however, deserve some understanding. He, like almost all Spaniards, fully accepts the constitution. The PNV does not. It opposes ETA's gunmen, but it shares their long-term aim, independence. Hence the discord at this week's meeting. Under a special arrangement made when Spain's regions got their own governments, the Basque region is entitled to even wider powers than others. Not all have yet been devolved to it. It controls most taxation, and keeps the proceeds; but it wants, for instance, to run social security too. The centre objects that this would lead to inequality among Spaniards of different regions. But its deeper objection is that Basque nationalists would take each transfer of functions as just another step towards ultimate secession.

So when Mr Aznar and Mr Ibarretxe met, there was –for all the ear-bending that King Juan Carlos too had just given the Basque premier– no meeting of minds. Mr Aznar put forward a list of notions for joint action against ETA, and got mainly “we'll look at it” answers. Mr Ibarretxe proposed a high-level political committee to study the way ahead for Basque self-government (not sovereignty), and got a firm no, on the ground that technical committees exist already.

The meeting was valuable in itself, then, but hardly in what it led to. Yet it may lead to more. That certainly should include active co-operation from the Basque government against ETA. And from Mr Aznar? The PNV's short-term demands and long-term dream will not go away just because he and most Spaniards dislike them. He could try minor concessions. Why not go to the whole hog and allow a referendum on independence? Not a chance: whatever the outcome, he sees that as the start of a slippery slope, even if the constitution allowed it. Yet the curiosity is that the separatists would probably lose. They talk of the will of the people. Most of the Basque region gave Mr Ibarretxe 43% in May, not 51%.

Apéndice C

Fuente: *El País*, 2 junio 2001

REVISTA DE PRENSA

THE ECONOMIST

La elección está clara

El 7 de junio próximo, la mayoría de votantes, si hay algo que les importe de todo esto, estarán felices de que se haya acabado. Queda aún una tarea pendiente para todos aquellos a quienes sí les importa, entre los que, desde luego, se incluye *The Economist*. Se trata de elegir a qué partido votar. Si las encuestas se han hecho más o menos bien, la elección ya se ha hecho: el Partido Laborista de Tony Blair saldrá reelegido, virtualmente por aclamación. [...] El cuadro de logros del laborismo no es malo, pero tampoco justificaría una prolongada ovación en las próximas elecciones. [...] ¿Qué explica, pues, tan holgada ventaja laborista? Una respuesta es la muy limitada confianza de los votantes en lo que puedan conseguir los gobiernos. [...] Esto refleja en parte una tolerancia a la mediocridad muy británica. La segunda explicación se encuentra en los conservadores, que desde 1997 afrontan una difícil situación: el laborismo ha robado sus políticas, y es duro enfrentarte a tus propias ideas. Los *tories* no acertaron y han tomado posturas antiliberales sorprendentes. Su política sobre el euro ('salvemos la libra', pero sólo durante cinco años) es ridículamente atolondrada.

Por eso, *The Economist* deposita aquí su voto por los laboristas. [...] Tony Blair es el único conservador disponible ahora. Con todo, sigue siendo tan ambiguo como siempre. El Blair que apoyamos es el que admira a Margaret Thatcher y ha continuado muchas de sus políticas, [...] y que sabe que un escoramiento a la izquierda sería suicida porque permitiría a los conservadores reconquistar su viejo territorio.

Londres, 2 de junio

Fuente: *The Economist*, 2 de junio de 2001

Britain's election

The choice is clear

Better the ambiguous heir to Margaret Thatcher than the feeble one

The fact that the most exciting moment of the general election campaign came two weeks ago, when the deputy prime minister punched a protestor, hardly testifies to a lively or compelling debate. By June 7th most voters, if they care at all, will just be glad that it is over. One task however, still remains for those who do care –which certainly includes *The Economist*. It is to choose which party to vote for.

If the opinion polls are even approximately correct, then the choice has already been made: Tony Blair's Labour Party will be re-elected, virtually by acclamation. It may even increase its already huge (179-seat) majority in the

House of Commons to 200 or more. It may thus be emboldened to hold a referendum on membership of the euro during the next two years, confident it could survive a defeat. To judge by such a situation, unprecedented for any party in British elections let alone Labour, Mr Blair's first term in office must have been a truly remarkable success. The country must be in a state of prosperous contentment, in wondrous admiration of the philosopher-kings who were elected in 1997, and whose innovative ideas have so transformed politics and policy. Yet this is plainly not the case.

Of low expectations a feeble opposition

Four years ago, voters –and *The Economist*– had to compare a tired, ineffectual Conservative government with a Labour Party that promised two main things: to continue many Tory policies; and that “things can only get better”. It was an odd mixture of a remarkable break with Labour's past; lacerating criticism of the Tories' 18 years in office; and an apparent determination to occupy much of the Tories' own centre-right ground. We noted that contradiction, and chose to stick with real Tories rather than possible Tories, in the absence of much proper detail about Labour's plans.

Since then, in fact, Labour has been true to many of its words, though not to its more extravagant claims. The party has indeed governed on the centre-right on most issues. Its macroeconomic policy, indeed, has been more orthodox than its Tory predecessors', with more fiscal discipline and the welcome granting of independence to the Bank of England. It has stuck to, and in some ways extended, Tory policies on education. It has dithered over the National Health Service (NHS), but again has not diverted far from the path set by John Major's Tories. In other areas –foreign policy, Northern Ireland, law and order, say– it has been competent but not particularly innovative. On the other hand, Labour has implemented about a third of the programme of constitutional reform advocated in these pages in the 1990s. All in all, Labour has been better than *The Economist* expected.

The results, though, have been modest. Economic growth has, since May 1997, been slower in Britain than in America or in most of the European Union. Unemployment has fallen, but by a lot less than in America. Living standards have continued their steady, but unremarkable rise, albeit trimmed by a higher tax burden. The conditions for private enterprise have improved in macroeconomic terms, but have been worsened by new regulations and tax distortions. Neither the NHS nor British schools are noticeably better. Crime figures have been largely unaffected. Depending on your view, roads and railways have either deteriorated or have finally revealed the effects of previous deterioration.

This is not a bad picture. But neither is it the sort of picture that should justify a standing ovation in next week's election. As if to acknowledge that point, last year the government embarked on a new course of sharply higher public spending on education, health and transport. Conveniently, the evidence of whether that is working will not become available until well into Labour's second term.

So why, given modest delivery and now delayed gratification, is Labour's lead so huge? One answer is that voters have low expectations of what governments can achieve. Partly that is appropriate –politicians do not have magic wands. But partly it reflects a very British tolerance of

mediocrity, of schools and hospitals and railways and jobs that are, well, not very good but not too bad either.

The second, and bigger, explanation lies with the Conservative Party. Since 1997, it has faced a difficult situation: Labour has stolen its policies. It is hard to oppose your own ideas, especially if you are meanwhile hopelessly divided over Europe. Even so, the Tories have made a hash of it. Particularly since Labour's shift back leftwards with higher public spending, they could have mounted a credible attack on high taxes, high public spending and over-regulation. They could have promoted structural reform to improve the public services at a lower cost. They could have become "compassionate Conservatives" like President George Bush. Yet instead they chose to neuter their own position on taxes and spending by pledging to match virtually all Labour's plans, and sounded embarrassed when –shock, horror– they appeared to be thinking of cutting taxes. They drove themselves on to shockingly illiberal ground on asylum-seekers and immigration. And their policy on the euro ("save the pound", but just for five years) is laughably mixed up.

Vote Labour, reluctantly

That is why *The Economist* hereby casts its ballot for Labour. Our instincts remain closer to William Hague's: for lower taxes, a smaller state, individual freedoms. But he has failed to make a credible case either against Labour or for his own party. Tony Blair is the only credible conservative currently available. Yet he is as ambiguous as ever. The Blair we support with our vote is the one who admires Margaret Thatcher and has followed many of her policies; who hints that he favours real, structural reform in health, education and welfare, including greater use of private provision; who believes a sharp move to the left in the second term would be electoral suicide, for it would allow the Tories to recapture their old territory. A timid Blair has dominated the first term. A bolder, more liberal Blair is the one we favour in the second.